

de Murcia y de Sicilia, y finalmente, las únicas comunicaciones del todo seguras con Francia. Si á más de esto, junto el ejército y en marcha sobre el Tajo, hallaba á lord Wellington detrás de este río con todas sus fuerzas, si no era feliz en una nueva batalla, se hallaría en un verdadero callejón sin salida, cerrado el Tajo á su frente, cerrado el reino de Valencia á su espalda, situación horrosa y casi irremediable. Sin duda entre los caminos de Madrid y Valencia había uno intermedio, desembocando en los Pirineos de igual modo, el que por Guadalajara iba á Calatayud y Zaragoza; pero, para tomarlo, se necesitaba forzar el Tajo casi á la altura de Madrid. Si no se llegaba á este punto, para volver á ganar á Aragón, no había más que caminos espantosos, impracticables para la artillería, llenos de bandas invencibles en sus desfiladeros, y no quedaba otro recurso que tornar á descender á Valencia. Por tanto, ante todo era menester no exponerse á perder esta capital, y el mariscal Suchet no estaba seguro de mantenerse allí ni aun con la totalidad de sus tropas, pues se desconocía la fuerza del ejército anglo-siciliano, y se debía suponer muy numeroso, según los rumores esparcidos por la comarca.

Así guardar catorce mil hombres contra este ejército y el de Cataluña no era una pretensión muy exagerada, sobre todo si había que llevarlos sucesivamente de San Felipe de Játiva á Tarragona, á una distancia de cien leguas. De esta suerte el mariscal Suchet presentaba un plan concebido del todo bajo el pensamiento de conservar á Valencia. Ésta, según su dicho, era una capital, fuente de pingües rentas, orilla del Mediterráneo, y por último, respaldo de los Pirineos. Guardando esta parte de la Península, se tenía seguridad de conservar las comunicaciones, se continuaba en posesión de las provincias á que Napoleón mostraba más apego, y siempre se podía partir á recuperar las otras. De consiguiente proponía llevar juntos los ejércitos de Andalucía y del centro á la provincia de Guadalajara, forzar allí el Tajo, logrado esto, separarse uno de otro, conducir el del centro á Cuenca, desde donde podría en todo tiempo alargar la mano al ejército de Aragón sobre la frontera del reino de Valencia, y establecer el de Andalucía en la provincia de Guadalajara, teniendo en Calatayud su base, en Madrid su cabeza, y su derecha en comunicación constante con el ejército de Portugal por la provincia de Soria. Así, apoyados unos en otros los cuatro ejércitos principales de Aragón, del centro, de Andalucía y de Portugal, enlazados á los Pirineos, pudiendo hallarse dos juntos en menos días que emplearan los contrarios en marchar sobre uno de ellos, conservando seguramente á Valencia, Tortosa, Tarragona, Barcelona, Lérida, Zaragoza, Burgos y Valladolid, provincias que, bien administradas, les proporcionarían vivir con holgura, en su posición no serían forzados nunca, ni privados de sus comunicaciones con Francia.

Excelente este plan para lo futuro, no dispensaba por de pronto de una operación común á todos los proyectos, la de encaminarse á Madrid y forzar allí la línea del Tajo. ¿Cómo se había de proceder á esta operación delicada, á la cual lord Wellington podía poner obstáculos de monta si maniobraba como tiempos antes e general Bonaparte en Italia? A superar esta dificultad había que dedicarse, y el mariscal Jourdan procurólo en efecto.

La exposición de su dictamen, raro modelo de exactitud de miras y de puntualidad de aserciones y de alta prudencia, satisfacía á todo, y mereciera que el que aconsejaba con tanto tino pudiera también ejecutar personalmente sus propias concepciones, ó ser comprendido, respetado y obedecido por los encargados de ejecutarlas.

En su concepto, se necesitaba ante todo remontarse á Madrid por el Tajo, para ir á alargar la mano al ejército de Portugal, y con éste, el del centro y el de Andalucía reunidos marchar sobre los ingleses, á la cabeza de ochenta ó noventa mil hombres y de ciento cincuenta bocas de fuego. Sin duda, de correrse verdaderamente el peligro de encontrar á lord Wellington establecido junto al Tajo con todas sus fuerzas, se inclinaba el mariscal Jourdan á que lejos de exponerse á tal peligro, antes de estar el ejército de Portugal incorporado, se prefiriera pasar por Valencia, Teruel y Calatayud, esto es, remontarse á Aragón, mediante un gran rodeo á la espalda, é ir luego de Calatayud á Aranda, donde, sin aventurarse á riesgo alguno, se hallaría al ejército de Portugal incorporado, y se estaría en aptitud de oponer ochenta ó noventa mil hombres á los ingleses, quedando intacto el ejército de Valencia. Pero este camino era largo, y aunque bien abastecido, revelaría por nuestra parte una timidez extremada, cosa que ofrecía inconvenientes. Así el mismo Jourdan no proponía tomarlo, considerando que la eventualidad de encontrar á lord Wellington concentrado sobre el alto Tajo, no era bastante inminente para resignarse á tamaño rodeo. Lo probable á sus ojos era que se hallara al general británico guardando á Madrid con dos ó tres divisiones, y batallando con las restantes contra el general Clausel en Castilla. De consiguiente se forzaría sin dificultad suma la línea del Tajo, que no ofrecía obstáculo formal por aquel punto, se daría al ejército de Portugal la mano, cuidando mucho de anunciarle este movimiento, y se volvería á entrar en Madrid con una superioridad de fuerzas decisiva. Pero como era posible engañarse, y que el Tajo se hallara mejor guardado de lo que se suponía, se necesitaba poder retornar á Valencia, para volver á encontrar allí el asilo, donde se acababan de reponer de sus padecimientos y el nudo de todas las comunicaciones con Francia.

Para esto importaba no quitar al mariscal Suchet ni un batallón solo. De modo que la opinión del mariscal Jourdan propendía á no debilitarle, y á limitarse á reunir los dos ejércitos del centro y del Mediodía, con lo que se formaría próximamente una masa de cincuenta y seis mil hombres y de cien bocas de fuego bien municionadas, y habría bastante para forzar el Tajo. Descontando sus soldados enfermos y despeados, y sus veteranos, que se debían quedar en Valencia, pretendía el mariscal Soult no tener más de treinta y siete á treinta y ocho mil hombres, seis mil de ellos de caballería muy excelente. Más tenía á pesar de todo. Después de las pérdidas de la evacuación y de recuperar del ejército del centro algunos destacamentos que eran suyos, podía juntar de cuarenta y cinco á cuarenta y seis mil hombres de superior calidad y de todas armas (1). Algo

(1) En Almansa el mariscal Soult, aun después de haber tomado del débil ejército del centro los dos mil hombres que reclamaba ya hacía mucho, no se atribuía más de treinta y tres mil infantes y seis mil jinetes, sumando treinta y nueve mil entre todos,

reorganizado el ejército del centro, bien contaría diez ú once mil hombres, también de calidad excelente. En dos columnas propuso el mariscal Jourdan que marcharan estos cincuenta y seis mil soldados, una formada del ejército de Andalucía por el camino de la Mancha que pasaba por Chinchilla, San Clemente, Ocaña y Aranjuez, otra formada del ejército del centro por el camino de Cuenca, que pasaba por Requena, la ciudad citada y Fuentidueña, pudiéndose ambos alargar la mano en su movimiento y debiendo desembarcar sobre el Tajo hacia el punto donde se quisiera cruzarlo. Juzgando hartó débil la columna de la derecha, proponía Jourdan

y treinta y siete mil antes de incorporarse los destacamentos tomados al monarca. Por no cuestionar sobre guarismos, teniendo que discutir sobre el plan de campaña, daba el mariscal Jourdan al mariscal Soult en su Memoria de treinta y nueve á cuarenta mil hombres, y partía de esta base para raciocinar sobre las operaciones que debían ejecutarse. Pero, estudiando los documentos, muy luego se reconoce que este guarismo no era exacto, no podía serlo. En abril de 1812 la fuerza del mariscal Soult ascendía á cincuenta y seis ó cincuenta y siete mil hombres, descontados los no combatientes, y no hablo á tenor de las aseveraciones del ministro de la Guerra, que siempre supone guarismos superiores á los consignados por los generales, pues tendencia es del que paga aumentar el número de los soldados, y tendencia de disminuirlo es la del que ha de hacer uso de ellos; hablo á tenor del guarismo suministrado por el jefe de estado mayor del ejército de Andalucía en 1.º de abril de 1812, después de la pérdida de Badajoz y de la fuerza que guarnecía esta plaza. Ninguna acción formal hubo en Andalucía desde abril hasta agosto de 1812, y equivaldría á acusar demasiado la administración del mariscal Soult el admitir que hubiera perdido veintidós mil hombres sin hacer nada, pues de cincuenta y ocho mil que se contaban entonces, suponía no tener más que treinta y siete mil ahora. Evidentemente no puede ser exacto el guarismo de treinta y siete mil hombres en Almansa. No es dudoso que el mariscal Soult hubo de experimentar pérdidas en el camino; pero aun concediendo que éstas subiesen á cinco ó seis mil hombres, lo cual revelaría extraño desorden en la marcha, aún quedara por explicar la pérdida de quince mil soldados. Aunque al tiempo de la evacuación se dejaran enfermos y heridos en los hospitales, poco probable era que el número de los dejados atrás por esta causa fuese grande, pero recae sobre los no combatientes, ya descontados en el cálculo de que se trata. Así el mariscal Soult contaba en Almansa más de treinta y siete mil hombres, y lo indica el simple buen sentido. Mas leyendo ciertos documentos, no contenidos en las Memorias del rey José, muy luego se viene al cabo de la verdad. En la Memoria presentada por el mariscal Suchet al tiempo de presentarle los mariscales Jourdan y Soult las suyas, discute sobre la fuerza de cada uno de los cuerpos según los estados suministrados; y pidiéndosele provisiones, debía conocer mejor aquella fuerza que el mariscal Jourdan, quien bajo palabra admitía los guarismos citados en el debate. Ahora bien; en esta Memoria se descubre que, contando los dos mil hombres tomados al ejército del centro, tenía el mariscal Soult cuarenta y cinco mil hombres disponibles en Almansa, de donde resulta que fueron cuarenta y tres mil los que trajo de Andalucía y éste es el guarismo más verosímil. Y aun para admitirlo, no explicándose la falta de catorce mil hombres según los estados de abril, conviene saber que en el ejército de Andalucía había una infinidad de soldados de ingenieros y de gruesa artillería, de los empleados en el sitio de Cádiz, que no podían servir en línea, y se dejaron en Valencia con los enfermos y heridos; también se debe saber que había veteranos poco aptos para una larga marcha. Pero, aun con este descuento, es difícil hallar los catorce mil hombres que se echan de menos, y hay que suponer la pérdida de mucha gente, aun sin persecución alguna durante la evacuación y bajo la influencia de los calores. Así cuarenta y cinco ó cuarenta y seis mil hombres son los menos que se pueden suponer al ejército de Andalucía. Añadiremos que las fuerzas reunidas en Madrid algo más tarde, y en el segundo encuentro delante de Salamanca, hacen del todo verosímil la exactitud de este guarismo. Por eso lo hemos admitido, tras de muchas comparaciones, como todos los que adoptamos en nuestro relato. (N. del A.)

agregarla seis ó siete mil hombres del ejército de Andalucía, lo cual debía elevar á diez y seis ó diez y siete mil hombres la una, y de reducir á treinta y nueve ó cuarenta mil la otra: además, proponía dar al ejército del centro un buen caudillo, el conde de Erlón, subordinar los dos generales en jefe al rey, que alternativamente marcharía con una ú otra columna, y encaminarse inmediatamente al deseadísimo objeto del alto Tajo. En este plan entraba que el mariscal Suchet sacase de sus provisiones, según ya lo había hecho, cuanto necesitasen las tropas que se iban á poner en marcha, y que guardara en Valencia cuanto les servía de embarazo, esto es, sus heridos, sus hombres cansados ó enfermos, servicio que estaba pronto á prestarles con el mayor anhelo.

Tan juiciosas y tan adecuadas á la situación eran estas miras que José las adoptó sin demora, tanto por su fundamento como por habitual confianza en los dictámenes del mariscal Jourdan: ordenó al mariscal Soult que se aprestara á marchar desde Almansa, donde tenía su campo, sobre Chinchilla, San Clemente y Aranjuez, mientras el ejército del centro, saliendo de la huerta de Valencia por el desfiladero de las Cabrillas, pasando por Cuenca, fuera á caer sobre el Tajo por Fuentidueña, bastante cerca de Aranjuez para apoyarse en el ejército de Andalucía. Además prescribió á Soult que cediera al ejército del centro el general de Erlón con seis mil hombres, é hizo que se le anunciara que el mariscal Suchet pondría á su disposición las raciones que necesitara de arroz, galleta y aguardiente.

Estas determinaciones desagradaron al mariscal Soult sobremanera, pues así volvía á entrar bajo las órdenes directas de su monarca, y perdía una porción de sus fuerzas. De resultas suscitó nuevas objeciones, diciendo que José no tenía derecho para quitarle tropas que debía á la confianza del emperador. Pero, tomando al fin José el tono de soberano, y significándole que obedeciera ó resignara inmediatamente en manos del conde de Erlón su mando, sometiése, y después de pedir seis días al pronto, se tomó doce para emprender la marcha, lo cual se explica por la necesidad de juntar su hueste toda, y separar la gente que debía quedar en Valencia y la que debía marchar al enemigo.

De consiguiente se pusieron en marcha del 18 al 20 de octubre, bien provistos de municiones de boca y guerra, en dos columnas que se elevaban á cincuenta y seis mil hombres, y dejóse al mariscal Suchet todo lo embarazoso de las dos evacuaciones de Madrid y Sevilla, cuanto no podía servir activamente. No se pasaba ningún cuidado por dejar aquellos preciosos restos en Valencia, pues se sabía que allí quedaban en seguridad plena y al abrigo del hambre. El mariscal Suchet conservó todo su ejército á fin de poderse comunicar siempre con las tropas del monarca por el camino más corto, el de Cuenca, é hizo trabajar en el trozo comprendido entre Buñoz y Requena. Por allí pasó el ejército del centro con su artillería.

De este modo avanzaron las dos columnas sobre el Tajo á la altura una de otra, sin tropezar con ningún obstáculo grave. A las órdenes del conde de Erlón tuvo que habérselas la del centro con las bandas de Villacampa, del Empeinado, de Durán, acudidas á Madrid y obstruyendo toda la región del alto Tajo, esto es, las

dos provincias de Guadalajara y de Cuenca. Mas fueron dispersadas con poco trabajo, gracias á haberse elevado con prudencia el ejército del centro á muy cerca de diez y seis mil hombres. Ninguna dificultad tuvo que superar el ejército de Andalucía, habiéndole abierto el fuerte de Chinchilla sus puertas. Entre Fuentidueña y Aranjuez llegaron á las márgenes del Tajo del 27 al 28 de octubre, y con la posibilidad de reunirse en masa sobre cualquiera de los dos puntos.

Lo importante de averiguar era si se iba á encontrar á lord Wéllington delante de Madrid, resuelto á defender su conquista, lo cual era posible, pues su entrada en la capital española había producido una viva sensación en Europa, y nada más natural que no quisiera salir de ella. Esta cuestión merecía ocupar al rey José y al mariscal Jourdan, su mayor general, y ocuparlos mucho; pero afortunadamente cuanto se iba sabiendo era tranquilizador del todo. Cuantos rumores fueron percibidos inducían á creer que se tenía delante al general Hill con dos ó tres divisiones. Con efecto, véase lo que había pasado entre los ingleses y el ejército de Portugal desde la retirada de José á Valencia y su reunión con el ejército de Andalucía.

Lord Wéllington había entrado en Madrid el 12 de agosto, acompañándole todos los jefes españoles, como celosos de tomar parte en su triunfo. Cuando se reflexiona sobre la situación en que se habían encontrado, no teniendo ya en el continente más que á Cartagena, Cádiz y Lisboa, y reducidos á hacer allí hincapié con todas sus fuerzas para no ser lanzados al mar, se comprende un gozo que la sorpresa debía hacer rayar hasta en el delirio. La fatal empresa de Rusia, los descuidos de Napoleón respecto de la guerra de España, la falta de autoridad de José, las funestas divisiones de nuestros generales, proporcionaron á los españoles, y sobre todo al caudillo inglés, estos triunfos completamente inesperados. Envanecidísimo lord Wéllington de resultados de su victoria, sintióse muy luego embarazado por sus auxiliares, por su conducta indiscreta y bárbara, y á estas faltas añadió personalmente la ostentación con que de su autoridad hizo uso. Ante todo se debió poner el esmero en tranquilizar á los habitantes de Madrid, muchos de los cuales se habían acostumbrado ó casi sometido á la dominación de José, en respetar los hechos consumados, en olvidar ciertas cosas, en tolerar y hasta sancionar algunas. Hasta cierto punto vinieron á ser dueños de Madrid D. Carlos de España y el Empecinado, y empezaron por hacer que se prestara juramento á la constitución de Cádiz, que acababa de ser promulgada. Nada más natural sin duda, aunque esta constitución, llena á la vez de principios generosos y de disposiciones quiméricas, hiriese á una parte considerable de la nación española, poco preparada á las nuevas instituciones. Pero substancialmente, á la autoridad del gobierno *insurreccional* de Cádiz, y no á la constitución, entendían ligar D. Carlos de España y el Empecinado á los españoles. Hecho esto, había que explicarse relativamente á los afrancesados, entre los cuales se contaban altos personajes, muchos empleados, y algunos miles de soldados excelentes. Mientras D. Miguel Ricardo de Álava (1),

(1) El mismo que hemos conocido como embajador en París después de la muerte de Fernando VII y durante la regencia de la reina Cristina.  
(N. del A.)

oficial del ejército español, á quien lord Wéllington empleaba á menudo y que era de corazón muy noble, pronunciaba en la casa ayuntamiento de Madrid un discurso tan humano como hábil, D. Carlos de España y el Empecinado usaban un lenguaje insensato, de índole propia á no atraerse á nadie, sino por el contrario á herir á todas las personas de juicio. José había hecho acuñar muy hermosas monedas con su busto, más hermosas que las españolas y tan puras, pues eran del todo semejantes en la forma y la ley á las francesas. En vez de proceder según todos los gobiernos, pues hasta los menos moderados se transmiten las monedas unos á otros, sin ofuscarse por las imágenes que tienen grabadas, se desacuñaban las que tenían la efigie de José ó se las hacía perder en el cambio. Después, en lugar de dedicarse en llevar á Madrid comestibles para poner término á la carestía, se perdía el tiempo en tomarse satisfacciones de partido no menos dementes que peligrosas. Así la miseria era extremada como en los días en que las bandas interceptaban la llegada de comestibles. Por último, lord Wéllington agregaba los defectos del orgullo británico á estas extravagancias, que deben parecer muy naturales si se consideran el carácter y la educación de los vencedores.

Se había alojado el caudillo inglés en el palacio de los reyes, lo cual ofendió la altivez de la nación española, y al tomar el Retiro, que el coronel Lafond hubo de rendir por carecer de agua potable, destruyó un establecimiento muy estimado por los españoles, el de la *casa de la China*, equivalente á la fábrica de Sevres en Francia, y á la de Messein en Sajonia. ¡Verdaderamente había de qué dolerse al malgastar veinte días en futilidades ó en faltas!

Mientras lord Wéllington se conducía de este modo, el general Clausel juntó de nuevo, rehizo y reanimó al ejército de Portugal, y aunque reducido á veinticinco mil hombres, llevólo atrevidamente sobre el Duero, delante del ejército de los ingleses, cuya masa principal se hallaba apostada á las márgenes de este río, dondequiera arrolló á las avanzadas enemigas, y tomóse espacio para enviar al general Foy con una división á recoger las guarniciones de Astorga, de Benavente, de Zamora, de Toro, diseminadas inútilmente sobre una línea que ya no era capaz de defensa. Demasiado tarde había llegado el general Foy para salvar á la guarnición de Astorga, obligada á rendirse el día antes al ejército español de Galicia; pero salvó á los enfermos, á los heridos, y recogió los otros pequeños puestos del Duero y del Esla, uniéndose al general Clausel en seguida.

Al verse lord Wéllington retado de este modo, no tuvo otro arbitrio que dejar á Madrid é ir en busca del joven adversario, que tan arrogantemente se le ponía cara á cara con las reliquias de un ejército recién batido. Después de establecer al general Hill en la capital española, se volvió á Castilla la Vieja, y recogiendo al ejército de Galicia en la marcha, se encaminó á Burgos al frente de cincuenta mil hombres.

Forzado el general Clausel á retroceder de nuevo, dejó las márgenes del Duero, sucesivamente se replegó á Valladolid, Burgos, Bribiesca, y se detuvo al fin junto al Ebro. Antes de perseguirle á más distancia, lord Wéllington entró en Burgos, y quiso tomar el castillo

que dominaba á la ciudad y hacía su posición casi nula. A fines de septiembre emprendió el asedio, poco más ó menos por la época en que se aprestaba José á marchar sobre la capital de España.

El castillo de Burgos era un viejo edificio, que se remontaba á la época de los moros, y coronaba una altura, á cuya falda tiene asiento la ciudad. En torno de este antiguo recinto de murallas góticas se habían elevado dos líneas de trincheras empalizadas, armándolas con fuerte artillería. Se había añadido una obra á cuerno sobre una altura denominada de San Miguel y que dominaba la posición del castillo. Con dos mil hombres ocupaba el general Dubretón esta fortaleza improvisada: provisto se hallaba de víveres y municiones, y muy resuelto á la defensa.

Desdeñando lord Wéllington atacar en regla á tal plaza, y pensando que, después de tomar á Ciudad Rodrigo y á Badajoz por asalto, no recularían sus soldados delante de las fortificaciones imperfectas del castillo de Burgos, hizo asaltar la obra á cuerno de San Miguel á viva fuerza. Sus tropas arremetieron en derechura á la obra la noche del 19 al 20 de septiembre, pero fueron detenidas al pie de la trinchera por el fuego de fusilería de un batallón del regimiento 34 de línea. Habiéndose deslizado por desdicha á favor de la obscuridad una columna inglesa en rededor de la obra atacada, se aprovechó de no estar empalizada la gola del todo para meterse dentro. Entonces los soldados del regimiento 34 pasaron por encima de la columna victoriosa, y se retiraron al fuerte. A los ingleses habían muerto ó herido más de cuatrocientos hombres, sin perder ellos ciento cincuenta.

Dueños de la posición de San Miguel los ingleses procuraron construir allí una batería para arruinar las defensas del castillo, y desde allí hicieron el punto de partida de sus avances. La fuerte resistencia de la obra á cuerno les había enseñado que aquella triste bagatela no podía ser arrebatada de pronto. Después de establecer una batería en San Miguel comenzaron á disparar sobre el castillo; pero en breve fué dominada por nuestra artillería, la suya débil de calibre, y se la redujo al silencio.

Efectivamente, la dificultad de los transportes no les permitió llevar consigo gruesos cañones bajo los muros de Burgos, y tenían algunas piezas de á diez y seis tan sólo, que los guerrilleros de Alava y Vizcaya habían recibido de la escuadra inglesa, y que arrastraron trabajosamente hasta Burgos.

Reconociendo lord Wéllington la casi imposibilidad de abrir brecha por medio de aquellos cañones, recurrió á un nuevo asalto durante la noche del 22 al 23 de septiembre. Habiendo aplicado sus columnas las escalas al primer recinto fueron rechazadas y perdieron mucha gente sin fruto. Una de ellas, compuesta de portugueses, quedó destruída en parte por el fuego de la fusilería, aun antes de llegar al pie del recinto.

Nuevamente hubo que apelar á los aproches regulares y que emplear, á falta de artillería, las minas. Hallándose ya prevenidos dos hornillos, se puso fuego al primero en la noche del 29 al 30 de septiembre, y tras la explosión lanzóse una columna al asalto, bien que fué repelida como las anteriores. Fuego se puso el 4 de octubre al segundo hornillo, de lo cual resultó abri-

se una gran brecha, mientras la artillería ensanchaba la abierta el 29. Sobre ambas se arrojaron los asaltadores con furia y se apoderaron de ellas; pero la guarnición se les vino encima, arrolló á una de aquellas columnas, sin poder impedir que la otra se alojara en una de las dos brechas á pesar de todo. Tras de conseguir los ingleses establecerse así en el primer recinto, comenzaron los aproches hacia el segundo, con esperanza de señorearlo. Pero la guarnición lanzóse á una salida general el día 8, destruyó sus trabajos, los rechazó en desorden del primer recinto, y volviólos al punto donde se encontraban al principio del asedio. Inmediatamente cerró la brecha, construyendo detrás una trinchera, y tornó á recuperar cuanto había perdido, excepto la obra á cuerno de San Miguel. De este modo se habían sacrificado veinte días y dos mil quinientos hombres á los ojos de lord Wéllington y sin adelantar un paso. Despechado el caudillo inglés quiso aventurar la última tentativa, y hacer previamente uso de todos los medios imaginables para abrirse aquel primer recinto, que, tomado un momento, volvióse á perder en seguida. Alguna artillería había ya recibido, y trató de abrir brecha en una de las extremidades y de minar la otra, todo hacia una iglesia llamada San Román.

Hallándose todo dispuesto la noche del 19 de octubre, los sitiadores prendieron fuego á la mina, que arrancaba del templo citado, punto por el cual no esperaban los franceses ser acometidos, y sin demora ingleses, españoles, portugueses, provistos de escalas, se arrojaron sobre el primer recinto. Esta vez consiguieron también tomarlo, y corrieron hacia el segundo. Pero, saliendo la guarnición valerosa de su camino cubierto en masa, los recibió á la bayoneta, los cargó impetuosamente, mató á gran número de ellos, y por tercera vez repeliólos más allá del recinto conquistado un instante. Lo mismo aconteció al otro extremo. Los sitiados cerraron la brecha practicada por la mina cerca del templo de San Román, hasta derribaron éste, que podía ser útil al enemigo, y de nuevo presentaron un frente formidable á los sitiadores.

Ya hacía más de treinta días que dos mil hombres reducidos á mil quinientos por el fuego y por la fatiga, atrincherados detrás de algunas obras apenas tapiadas y protegidos por una simple hilera de empalizadas, defendían á cincuenta mil soldados con su heroica resistencia. ¡Honor eterno á aquellos valientes y al general Dubretón su caudillo! Probandos estaban lo que en ciertas circunstancias críticas pueden las plazas bien defendidas, pues mientras se resistían de este modo, daban tiempo al ejército de Portugal de volver á entrar en línea, á los ejércitos del centro y de Andalucía de trasladarse junto al Tajo, y á todos de reunirse para abrumar á lord Wéllington.

Con efecto, el general Clausel, vuelto á las márgenes del Ebro, recibió los depósitos establecidos á lo largo de los Pirineos, las cortas guarniciones de la frontera, cerca de diez mil reclutas, caballos para su artillería y caballería, lo cual le proporcionaba treinta y cinco mil combatientes.

Al cabo el general Caffarelli, á quien se ha visto perturbado por el espantajo de las tropas inglesas, como lo estuvo el mariscal Soult por el del general Hill, hasta el extremo de descuidar el peligro principal por el

accesorio, se corregía y prestaba al ejército de Portugal diez mil hombres, que enviados antes de la batalla de Salamanca nos ahorrarán muchos desastres. Por desgracia el general Clausel, molestadísimo por su reciente herida, hubo de abandonar el ejército a la misma hora de marchar a la cabeza de sus cuarenta y cinco mil combatientes. Le reemplazó el general Souham, veterano oficial de la república, experimentado y valeroso, y se puso en camino para socorrer a la intrépida guarnición que hacía treinta y cuatro días sustentaba las mezquinas fortificaciones de Burgos.

Situado lord Wellington entre el ejército de Portugal que se adelantaba hacia el Norte, los ejércitos del centro y de Andalucía que se adelantaban sobre el Mediodía, se hallaba en una de aquellas situaciones arduas, si bien grandes, de las cuales siempre había salido en otro tiempo el general Bonaparte con inauditas victorias. Menos circunspecto y más activo, concentrándose con la rapidez y la oportunidad del antiguo jefe del ejército de Italia, pudiera hacerse alternativamente más fuerte que cada uno de los dos ejércitos que le amenazaba, batir al de Portugal, lanzarse luego sobre el de José y quedar al cabo dueño de España. Pero cada cual tiene su genio, y es pueril pedir a un hombre lo que no es posible en las cualidades de otro. Prudente y sólido lord Wellington, si bien lento, con soldados a quienes no se hacía andar de prisa, ni se exaltaba fácilmente, no estaba cortado para conquistar a España en una campaña sola, aunque debía conquistarla en muchas. ¡Harto era para el triunfo de la política de su país y para desdicha de la nuestra!

Viendo aproximarse al ejército de Portugal reforzado, abandonó con despecho los muros de Burgos, que le habían costado tres mil hombres, y el prestigio de la victoria, y que le iban a costar a Madrid según todas las probabilidades. Muchos combates sostuvo la retaguardia, en los cuales el general Maucune, el mismo que con tanta temeridad empeñó la batalla de Salamanca, le mató mucha gente, y después de cubrirse a su turno con el Duero, despachó al general Hill la orden de correr a juntarse a Salamanca, si Madrid no le parecía sostenible ante los ejércitos que marchaban en su contra.

Tales fueron los sucesos sabidos por el rey José y el mariscal Jourdan al llegar sobre el Tajo. De esta suerte la juiciosa previsión del mariscal Jourdan se hallaba justificada, y otra vez más se iba a abrir Madrid a la nueva dinastía. Los ejércitos del centro y de Andalucía forzaron el 30 de octubre aquella línea del Tajo, sobre la cual temió hallar juntos a sesenta mil españoles, portugueses e ingleses: atropellaron a las retaguardias del general Hill, y el 2 de noviembre penetraron en la capital española, asombrada de tales cambios de fortuna. José fué bien recibido, pues tras de lo que acababan de presenciar sus ojos, los habitantes de Madrid, ofendidos por el orgullo de los ingleses, disgustados por la violencia de los guerrilleros, comenzaban a creer que aquella nueva autoridad real, ejercida por un príncipe dulce y de sano juicio, valía tanto para ellos como los Borbones degenerados y traídos por jefes de bandas. Acreditando ahora José una actividad que no tenía de costumbre, después de permanecer en Madrid cuarenta y ocho horas, salió el 4 para operar su unión

con el ejército de Portugal y perseguir a lord Wellington a la cabeza de ochenta mil hombres. ¡Qué de resultados no se podían esperar, y qué venganza del desastre de Salamanca no se podía obtener con tanta reunión de tropas!

Así lo discurría fundadamente, y esperaba que una batalla dada con las fuerzas que tenía bajo su mando empujaría a Portugal a los ingleses, y le restablecería en su plena situación anterior, a pesar de la evacuación de Andalucía. Sin duda se empezaba a experimentar alguna zozobra con motivo de la expedición a Rusia, y a interpretar infaustamente el silencio guardado por el *Monitor*, que ya no contenía boletines del grande ejército; pero mucho se distaba de imaginar la extensión de los desastres que nos habían caído encima, y a lo sumo se llegaba a augurar que habían surgido dificultades como las seguidas a la batalla de Eylau y resueltas por la batalla de Friedland triunfalmente. Ninguna siniestra nueva aguardaba José de París, y se lisonjaba de hallar compensación al infortunio sufrido en Salamanca alrededor de la ciudad misma.

Llegado el 6 de noviembre más allá del Guadarrama con su fiel mayor general, cuyos consejos le habían sido tan provechosos, pudiera apoyarse hacia la izquierda en Peñaranda, lo cual le colocara sobre las huellas de lord Wellington, si bien prefirió apoyarse a la derecha en Arévalo, a fin de atraer al ejército de Portugal y de no atacar a los ingleses más que con la totalidad de sus fuerzas.

No tardó en efectuarse lo que anhelaba, pues con prisa lord Wellington de operar su retirada sobre Salamanca, ni aun pensó en estorbar la unión de los dos ejércitos del Norte y del Mediodía. Muy pronto se encontraron las avanzadas en las inmediaciones del Duero, y la incorporación de los tres ejércitos de Andalucía, del centro y de Portugal puso bajo la mano de José noventa mil hombres y cerca de ciento cincuenta bocas de fuego con buenos tiros de caballos. Aún tuviera más considerable fuerza, si después de prestar el general Caffarelli por espacio de algunos días mil hombres, no se apresurara a llamarlos de nuevo para seguir batallando contra las bandas de Mina, de Longa, de Merino y Porlier. El ejército de Portugal, que tenía treinta y cinco mil hombres, suyos propios, había perdido algunos de ellos en la persecución de lord Wellington; los ejércitos del centro y de Andalucía, que al partir de Valencia contaba cerca de cincuenta y seis mil hombres, habían dejado algunos por el camino y suministrado un destacamento para la guarnición de Madrid; pero todos ellos comprendían ochenta y cinco mil combatientes de las mejores tropas del mundo, irritadas por las victorias que se había permitido alcanzar a lord Wellington y alegres al fin de resultar de la ocasión que se ofrecía para hacer que las expiara.

En los semblantes resplandecía el ardor de los corazones, y generales y soldados se prometían concurrir con igual celo a la común venganza. Separado lord Wellington del ejército español de Galicia, bien que reforzado por el cuerpo de Hill, después de las pérdidas de la campaña no tenía más que sesenta mil hombres, entre los cuales se contaban cuarenta mil ingleses, mucho menos arrogantes que al otro día de su victoria de los Arapiles. ¡Pero podían hacer cara a ochenta y cinco

mil franceses medianamente mandados? Nadie lo creía, y ellos eran de la misma opinión que nosotros.

Nuestros tres ejércitos se adelantaron, pues, sobre el Tormes, cabalmente por el propio camino que había seguido el mariscal Marmont para irse a batir a los Arapiles. Marchaban de manera de coger por la vuelta la posición de Salamanca, y de tomar el desquite de lord Wellington cortando su línea de comunicaciones. Formados se hallaron el 11 de noviembre a alguna distancia de Tormes, el ejército de Andalucía sobre la izquierda, el del centro sobre el centro, el de Portugal sobre la derecha. En compañía de José trasladó el mariscal Jourdan a orillas del Tormes y descubrió a lord Wellington en los Arapiles, aguardando con bastante tranquilidad a los franceses, porque creía poderse replugar a tiempo, confiando en una posición ya experimentada, y teniendo siempre segura su retirada a Ciudad Rodrigo. Pero había cometido una falta que le pudo costar cara, y que con su ejercitado golpe de vista conoció el mariscal Jourdan al punto.

El Tormes, que, bastante caudaloso en invierno, era aún vadeable por muchos parajes, corría delante de nosotros por en medio de la pequeña ciudad de Alba de Tormes, situada a nuestra izquierda, y describiendo después un semicírculo, iba a meterse hacia Salamanca. Con poca prisa lord Wellington de ponerse a cubierto de nuestras empresas, dejó al general Hill en Alba de Tormes y ocupó a Salamanca con el grueso de su huerte. Entre los dos se hallaba la posición de Calvarosa de Arriba, que hizo ocupar por un débil destacamento.

Tres leguas separaban al cuerpo del general Hill del de Wellington, y la idea que se ocurría naturalmente era la de colocarse entre ambos y la de copar cuando menos al general Hill sus quince mil hombres.

Toda la dificultad estribaba en saber si se podría pasar de súbito el Tormes y desplegarse al otro lado, antes de que lord Wellington llamara cerca de su persona a su ala derecha comprometida. No consentían duda alguna sobre este punto los reconocimientos que acababan de ser practicados. Entre Alba y Salamanca se podía vadear casi por todas partes el Tormes: al otro lado, para llegar a Calvarosa de Arriba, extendíase una vasta llanura que se elevaba en pendiente hacia aquel puesto, y donde se hallaban los Arapiles. Enviando por delante a toda la caballería, que en los tres ejércitos ascendía a doce mil hombres, y cuyo despliegue cubriera el paso, nuestras columnas de infantería cruzaron los vados, invadieron la llanura, se posesionaron de Calvarosa, y declinando luego sobre Alba de Tormes, rebasaron y envolvieron al general Hill de seguro. Expuesto sobre el mismo terreno a José este proyecto delante de sus generales, todos lo consideraron acordes de éxito infalible, y solicitaron ejecutarlo sin demora, antes de que perfeccionaran su posición los ingleses. Pero el mariscal Soult no opinó de este modo, expresando que no convenía atacar de frente a los ingleses, lo cual era verdad cuando habían tomado su posición de combate, cosa que no se verificaba en el presente caso, pues se trataba de sorprenderles en la marcha y de coparles un cuerpo de tropas que habían dejado en el aislamiento. En su concepto creía mejor cruzar el Tormes por más arriba de Alba, a fin de rodear la posición de Salamanca y de obligar a los ingleses a que levantasen el cam-

po. Se le respondió que cabalmente no convenía maniobrar así de ningún modo, porque remontando a la izquierda el Tormes para cruzarlo por más arriba de Alba, se iba a forzar al general Hill a evacuar este punto, a repliegarse hacia Calvarosa de Arriba, y después sobre Salamanca, de cuya manera se prestaría a los ingleses el servicio de ponerles su falta de manifiesto y de reunirlos en las cercanías de Salamanca a todos; que si, trasladándose sobre sus comunicaciones con ochenta y cinco mil hombres, se les obligaba a levantar el campo, no sería de gran bulto el resultado de esta feliz pero costosa concentración de fuerzas. En vez de un triunfo, de que había necesidad suma, se proporcionara a lord Wellington la gloria de salir sano y salvo de uno de los pasos más difíciles en que un general se hallara nunca.

Modesto el mariscal Jourdan en demasía, no acostumbrando a ser afirmativo, pues aunque discernía lo verdadero, no lo procuraba sino con la molición de un hombre desalentado, mostróse ahora más vehemente que de costumbre, y afirmó que si se quería hacer pesar sobre su cabeza la responsabilidad de la operación proyectada, estaba dispuesto a asumirla, respondiendo de no comprometer el ejército ni su propia gloria. Todos los generales presentes, Souham, Erlón y otros, participaban de su dictamen, y apoyábanle con la vista y con la palabra, si bien por respeto a la situación y al grado del mariscal Soult se pusieron otra vez a deliberar sobre esta cuestión después de un nuevo reconocimiento del curso superior del Tormes.

Al día siguiente reprodujo el mariscal Soult su proyecto de pasar el Tormes hacia la izquierda por más arriba de Alba, pues también allí se había encontrado vadeable, e insistió fuertemente para que su dictamen prevaleciera. José consultó al mariscal Jourdan, y éste, con una condescendencia hija de su edad y de su carácter, aconsejó al monarca acceder a lo que Soult quería. Por muy peligroso tuvo ejecutar el plan que había indicado con la mala voluntad del caudillo de la principal huerte, y parecióle menos aventurado hacer lo que el mariscal Soult deseaba, a pesar de no haber enmendado su posición los ingleses, de poderles descargar aún el golpe decisivo, y de ser grande la tentación de ensayarlo. Así estalló en José y en Jourdan esta indecisión malhadada, que a las veces en los espíritus rectos es tan funesta como la pertinacia del error en los espíritus falsos, y que, dados los descuidos de Napoleón y los detestables sentimientos de ciertos jefes, vino a ser la causa principal de nuestros reveses en España.

Para hacer pesar sobre el mariscal Soult la responsabilidad toda y obligarle al menos a conducirse lo mejor posible en la ejecución de su propia idea, se puso bajo sus órdenes el ejército del centro, y se dió el de Portugal al conde de Erlón. Cruzóse el Tormes el mismo día 13 por más arriba de Alba, y se siguió adelante hasta Nuestra Señora del Retiro. De Alba acababan de salir los ingleses, dejando allí un destacamento: se les veía retirarse y reunirse sobre los Arapiles; pero les faltaba levantar el campo delante de ochenta y cinco mil franceses, y cabía en lo posible cortar la cola de su columna.

Ya tenía el mariscal Soult cincuenta mil hombres bajo su mano, con especialidad toda la caballería, y al día siguiente podía marchar adelante. Estrechóse a acelerar el movimiento al ejército de Portugal, a quien la